

Con frecuencia ocupaban el cerro de la Cruz y sostenían tiroteos con los franceses ó con sus aliados.

El General Horán logró salir una noche de Puebla con la caballería, y operaba también por el lado de Tlaxcala.

Otro hecho de armas más serio que el anterior tuvo lugar cerca de Cholula, entre los cazadores de Africa y los lanceros y rifleros de Nuevo León, en el que llevamos la peor parte, teniendo bastantes muertos y heridos, entre estos últimos el Coronel Gorostieta, que cayó prisionero.

Después de esta acción no volvió á haber hostilidades por nuestra parte; y apenas si eran molestados los franceses cuando invadían la zona que ocupaban nuestras líneas.

Las haciendas y molinos de las inmediaciones de Puebla se hallaban llenos de trigo y de harina que sirvieron perfectamente al enemigo.

El General D. Miguel María Echegaray, que acababa de incorporarse al cuerpo de ejército, y que fungía en aquellos días de Cuartel Maestre, propuso al señor Comonfort que hiciese retirar ó destruir aquellas provisiones, obligando igualmente á los hacendados á recoger el ganado é internarlo; pero el General en Jefe no se atrevió á tomar providencias tan enérgicas que hubieran causado la ruina, decía, de su ciudad natal.

Cuando los franceses hubieron consumido las provisiones de los lugares cercanos á su campo, comenzaron á hacer expediciones más lejanas, ya con objeto de tener superabundantemente abastecidos sus almacenes, ó bien para privar á nuestro ejército de los recursos inmediatos.

De aquellas expediciones, dos fueron las más notables por su audacia, á saber: la de Atlixco y la de Matamoros Izúcar.

Nuestras tropas se contentaron con hostilizarlos débilmente cuando se retiraban con sus carros cargados.

Para batir á la expedición de Matamoros, fué nombra-

do el General Echegaray, que salió con sus tropas á la media noche, de la hacienda de San Bartolo.

Al principio se manifestó muy entusiasmado porque se le presentaba una oportunidad de batir á los franceses; pero en el momento de partir me mostró su desaliento, á consecuencia de una orden por escrito que acababa de recibir del General en Jefe, ordenándole que por ningún motivo empeñase ningún hecho de armas, hasta que llegase el mencionado General.

Por supuesto que el señor Comonfort llegó á la posición que ocupaba el General Echegaray cuando el enemigo había emprendido su retirada. Como cosa igual sucedió cuando la expedición de Atlixco, se susurraba que aquel señor no quería molestar á los franceses. Sin embargo, era menester hacer algo, y ordenó una carga de caballería al Coronel García de León con sus lanceros, que fueron derrotados por los cazadores de Africa.

El General Pueblita recibió también orden de cargar con sus *chinacos*; pero él rehusó obedecer, diciendo *que no daba dado*; por cuya causa fué separado del Cuerpo de Ejército.

Entre tanto, se iban incorporando nuevas fuerzas. El General D. Plácido Vega llegó conduciendo una división compuesta de las brigadas de Sinaloa y Oaxaca, y el Estado de Guanajuato mandó una batería á las órdenes del Capitán 1.º D. José de Jesús Arce.

En el personal también se verificaron varios cambios: El General de División D. José María Yáñez, que llegó de México, fué nombrado Cuartel Maestre; el General Echegaray tomó el mando de la primera División, y el General Rosas Landa tomó el del campo fortificado del Puente de Texmelucan.

El total de fuerzas, con la llegada de las nuevas tropas, ascendería poco más ó menos, á unos ocho mil hombres.

Mientras tenían lugar los acontecimientos descritos, en el Ejército del Centro, el sitio de Puebla se iba estrechando más y más, á pesar del continuo fracaso que sufrían los franceses en sus ataques.

Las personas allegadas al General en Jefe, trataban de dar poca importancia á lo que pasaba en Puebla, achacando el mal éxito de los franceses, á que no habían dado un ataque formal, y sólo habían empeñado á los zuaivos que eran una especie de *chinacos*; que de un día á otro darían un ataque general en el que emplearían la tropa de línea, y entonces Puebla sería tomada.

A pesar de todo, ya se cumplían dos meses del sitio, y la plaza resistía con grande admiración de D. Ignacio Comonfort, que siempre creyó que bastarían dos días ó tres, á lo más, para que los franceses la ocuparan.

El haber yo sostenido contraria opinión antes de comenzar las operaciones, parece que lo hubo de disgustar; pero yo estaba obligado á sostener lo que mi conciencia me dictaba, y no podía yo callar y autorizar con mi silencio opiniones erróneas que podían redundar en perjuicio de la Nación.

Esta inflexibilidad de mi carácter hizo decir á Comonfort que yo nunca sería nada; y tenía sobrada razón, porque el camino del medro, en la época en que me ha tocado vivir, es el prestar servicios personales y agrandar á los que tienen el poder, pues los servicios al país no tienen ningún valor.

Como las municiones de boca y guerra que había en la ciudad de Puebla tocaban á su fin, el General González Ortega previó que si no abandonaba prontamente la plaza, rompiendo el sitio, se vería reducido á rendirse.

En consecuencia, escribió á Comonfort que le ayudase con sus tropas, para poder realizar su proyecto.

Al estado á que las cosas habían llegado, el plan propuesto por González Ortega era el único razonable que se podía adoptar, aun cuando sólo se pudiera salvar la tercera parte de la guarnición y alguna artillería. Estas fuerzas unidas al Cuerpo de Ejército del Centro y á la guarnición de México, harían un total muy superior al que componía la guarnición de Puebla al principio del sitio, y por lo tanto, no podría avanzar el ejército francés sobre la Capital antes de recibir refuerzos.

Pero si tal proyecto se llegaba á realizar, el General González Ortega aparecería lleno de gloria, y nada más natural que se le encomendara la defensa de México.

El caso es que D. Ignacio Comonfort no se atrevió á obrar en el sentido que lo invitaba González Ortega, sin consultar con el Gobierno.

Este tomó la resolución más disparatada que puede imaginarse.

Previno á González Ortega que se sostuviese en Puebla hasta sucumbir allí, para lo cual se le enviaba un convoy de víveres y municiones; y á Comonfort se le ordenó que introdujese el convoy á la ciudad.

Se componía este de unos quince ó veinte carros del transporte de trescientas arrobas, y de varios atajos de mulas, conduciendo maíz, trigo, frijol, garbanzo, cecina, proyectiles y pólvora.

La gran dificultad consistía en forzar las líneas de los franceses con tropas compuestas de reclutas en gran parte, para introducir un convoy tan bromoso, y volver á salir para no aumentar el consumo con gente y animales.

Pero suponiendo que el resultado fuese favorable, lo más que se podría conseguir sería que la plaza resistiera ocho ó diez días más, para quedar en seguida en la misma situación angustiosa en que se hallaba, pues el convoy no era tan cuantioso, para salvar la situación de una población de sesenta mil habitantes y cerca de catorce mil soldados, donde se habían agotado los mantenimientos.

¿Y para conseguir un resultado insignificante, y que tan poco contribuía á la defensa nacional, se lanzaba al Ejército del Centro á una ruina más que probable, y se precipitaba la pérdida de la guarnición de Puebla?

Estas disposiciones del Gobierno me tenían á mí aturdido, no pudiendo imaginarme que se le pudieran ocultar las anteriores reflexiones.

Cuando pasados los acontecimientos pude meditar sobre ellos con calma, y después que han pasado tantos años, y que la mayor parte de los actores que figuran en esta relación no existen, he llegado á formular una con-

clusión terrible, pero que es mi sincera convicción, y que creo de conciencia consignar á la posteridad:

El Gobierno estaba celoso de González Ortega y de Comonfort. No temía que los franceses derrotaran á nuestras tropas, sino que uno ú otro de aquellos Generales obtuviera un triunfo que lo hiciera admirar del pueblo y lo presentara como próximo candidato á la Presidencia.

Es evidente que si González Ortega, después de haber defendido la plaza de Puebla más de dos meses, la abandonaba por falta de víveres y municiones, salvando una parte de la guarnición, su gloria hubiera resonado de un cabo al otro de la República, y la opinión lo hubiera designado para hacer la defensa de la Capital.

Si llegado el caso, la defensa de México se hiciera con el lucimiento de la de Puebla, la popularidad de González Ortega sería inmensa; y como era Presidente de la Suprema Corte, resultaba un rival poderoso para Juárez.

Había otro peligro: el Gobierno tenía necesidad de abandonar á México, si no quería ser prisionero de los franceses en caso desgraciado; y dejar la Capital en poder de un hombre mandando fuerzas numerosas y lleno de prestigio, hubiera sido peor que verla en poder del enemigo.

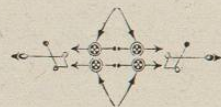
La conducta que observó el Gobierno en distintas ocasiones, que acaso tendré oportunidad de narrar, me confirma en estas apreciaciones, que á primera vista parecerán temerarias, atendida la inmensa, aunque acaso inmerecida popularidad que gozan los hombres á que me refiero.

El General Comonfort comprendió seguramente lo peligroso de la aventura que se le confiaba, é hizo todas las observaciones que creyó necesarias; pero el Gobierno estaba decidido á llevar á cabo su temerario proyecto, y para realizarlo, se presentaron en el campo el Presidente y el Ministro de la Guerra, á fin de empujar á Comonfort al abismo donde había de hundirse el poco

prestigio que le quedaba. Otro, hubiera renunciado el mando; pero él creyó conveniente no hacerlo así.

Quedó, pues, resuelto el avance del Cuerpo de Ejército hacia Puebla, acompañado del señor Ministro de la Guerra, que no lo abandonaría hasta Santa Inés Zacatelco.

En otro cuaderno que lleva por título "Combate de San Lorenzo" se hallarán descritos los acontecimientos que tuvieron lugar, hasta la retirada á México del Cuerpo de Ejército del Centro.



NOTAS.

I.

La circunstancia de haberse escrito estos apuntes de prisa, en ratos perdidos, ha sido causa de que omitiera consignar en ellos en el lugar correspondiente, ciertos detalles interesantes que servirán para que aquel que llegare á leerlos, se pueda formar un juicio exacto del estado en que se hallaba el Cuerpo de Ejército del Centro.

En la página 345 llamo la atención sobre ciertos gastos innecesarios que se hicieron en Tacubaya con motivo de una gran parada, y ofrecí contar cómo para cosas de verdadera necesidad se escatimaba el dinero.

El General Zérega, estando las tropas en San Bartolo, como quien dice, al frente del enemigo, formó una relación de efectos de artillería que eran necesarios para el servicio de las baterías, cuya adquisición entiendo que no llegaba á quinientos pesos. El General en Jefe se manifestó muy disgustado por *las exigencias de los artilleros*, y se expresó diciendo que en tiempos como los que atravesábamos, se debía suplir lo que faltara como se pudiera, *con mecates y petates*. Al fin, hizo las supresiones que creyó oportunas, y se envió á México un Oficial para adquirir lo que absolutamente no pudo rehusar.

Como el parque general estaba formado con grandes y pesados carros del porte de trescientas arrobas, no era posible que siguieran á tropas que expedicionaran á la ligera, y por lo mismo, se hacía indispensable dotar á las brigadas de carros ligeros. Al efecto, se consiguieron algunos carros de varas, de dos ruedas; pero era necesario proveerlos de toldos, para preservar las municiones de la intemperie. El General Zérega pretendía, como era natural, que los toldos se construyeran de lona embreada ó pintada, que siendo de poco peso podrían prolongarse lo suficiente por la parte anterior y posterior de los carros, á fin de cubrirlos de la lluvia aunque esta viniese inclinada. Al General en Jefe

le pareció que no debía hacerse el gasto, y dispuso que se destinaran para el caso las pieles de las reses que se mataban para la tropa. Estas pieles frescas pesaban demasiado, y como se necesitaban lo menos cuatro ó cinco para cada toldo, resultaban estos excesivamente pesados. Además, no podían sobresalir como los de lona, porque para esto hubieran exigido un armazón en extremo bromoso y pesado. En consecuencia, los tales toldos no llenaban su objeto, pues no preservaban las municiones ni del sol ni del agua. Después, con el calor se fueron arrugando, y despedían un olor detestable.

Un día que fuimos el General Zérega y yo á Huejotzingo, con ánimo de pasar una visita á la artillería que allí se encontraba, notamos al entrar á la población, que cerraba la calle por donde íbamos una especie de espaldón. Discutiendo sobre el móvil que había determinado semejante construcción, llegamos á ella, y hallamos que se había intentado formar un parapeto. Tenía su foso y su masa de tierra correspondiente revestida con adoves; pero ni el foso tenía escarpas, ni el parapeto taludes ni declive; de suerte que los soldados no podían tirar sino horizontalmente, y el parapeto tendría que venir abajo con la más pequeña presión que sufriera. Criticando semejante construcción, penetramos en el pueblo, y vimos que en todas las calles había cortaduras por el mismo modelo. El General que mandaba la brigada había manifestado que no necesitaba de Ingenieros; y él mismo las había dirigido. Es verdad que noches después, á consecuencia de una ligera llovizna, vino á abajo el revestimiento de uno de aquellos parapetos, lastimando á los soldados que dormían al pié.

Tuvimos otro motivo de disgusto, y fué que el señor General hizo descargar los carros de municiones, las que depositó en un *jacal* con objeto de mandar aquellos á traer forraje para la caballería; de suerte que si en aquellos momentos tenía que moverse violentamente la brigada, ó no lo podía ejecutar, ó lo haría perdiendo las municiones.

Parecerá increíble lo que acabo de narrar, pero hay que tener presente que el señor Juárez improvisaba de Generales á sus amigos, de los que había algunos en el Cuerpo de Ejército del Centro, entre ellos el señor Dr. D. José María Mata, que mandaba la brigada referida, y que por fortuna fué enviado pocos días después al puente de Texmelucan.

¡Con semejante organización, con semejante ejército, habíamos de derrotar á los franceses!

II.

Pocos días antes de que el Cuerpo de Ejército del Centro emprendiera el movimiento de avance para introducir el convoy á Puebla, se dispuso una demostración por la derecha del río Atoyac.

A medio día, después de haber tomado la tropa su rancho, se puso en marcha por el camino real. Cerca de las cinco de la tarde, el Cuerpo de Ejército llegó á las Lomas de la Uranga, á la vista del campo francés.

La columna única que lo formaba desplegó en batalla á su frente, formando dos líneas: la primera con la infantería, con una batería en cada ala, y la segunda con la caballería. Los puestos avanzados y los centinelas que existían por la margen del río, conservaron su posición.

Desde luego se notó gran movimiento en el enemigo, que creyó sin duda que se trataba de atacarlo; y como á la espalda de nuestras líneas se elevaban las lomas de Ocotlán, no dejaría de pensar que detrás de ellas ocultábamos reservas numerosas.

Si en lugar de ser las cinco de la tarde, hubieran sido las diez de la mañana, por ejemplo, los franceses, al ver que pasaba el tiempo sin que los atacáramos, después de asegurar su línea de contrabalación sobre Puebla, sin duda hubieran tomado la iniciativa.

Cerca de anochecer se formó en columnas paralelas por batallones y por escuadrones. Después se verificó la contramarcha, y las líneas marcharon en retirada hasta las lomas de Ocotlán, donde se hizo alto y se volvió á dar el frente á vanguardia. En esto ya era de noche, y la infantería verificó una marcha de flanco por la derecha, entrando los batallones progresivamente al camino real. Cuando fué rebasada la caballería, esta verificó á su vez el mismo movimiento, cerrando la retaguardia de la columna.

Toda la operación la mandó el General Echegaray, y las tropas verificaron los movimientos con orden y exactitud.

Estas demostraciones, repetidas por distintos lugares y á diferentes horas, sin comprometer nada serio, y destacamentos nombrados diariamente para hostilizar por las noches el campamento francés, hubiera sido muy fructuoso para alentar á la guarnición de Puebla y causar á los franceses fatigas y pérdidas. Desgraciadamente nada de esto se hizo, y el Cuerpo de Ejército del Centro permaneció en la mayor inacción.

En San Bartolo se intentó una línea de fortificación de trinchera con algunos salientes en relieve para la artillería; pero se trabajó con tanto desgano, que cuando abandonamos aquel campamento, la fortificación aun no estaba en estado de prestar ningún servicio positivo.

